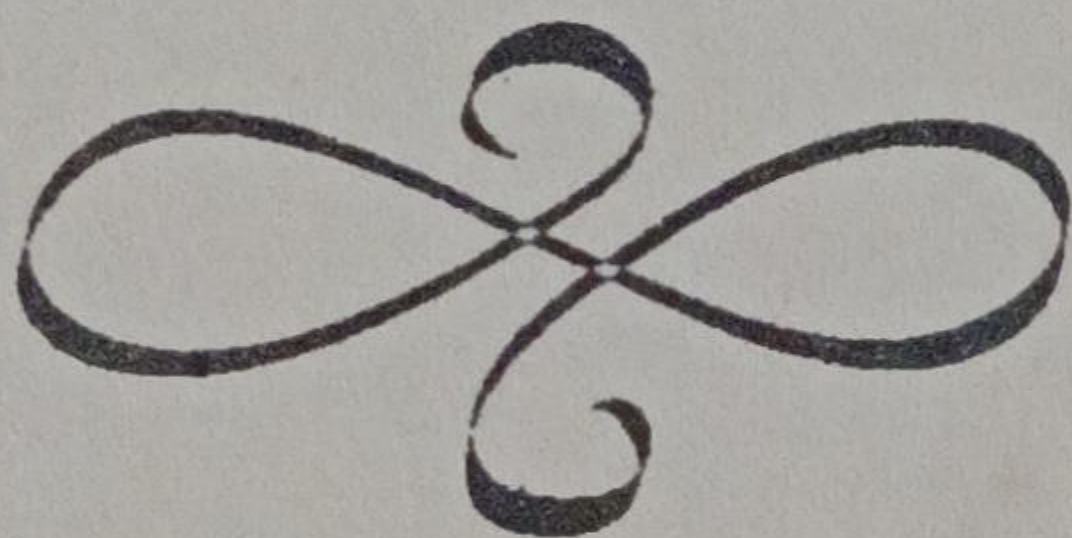


La Cultura de Hacer Política

II

Dr. Armando Hart Dávalos



LA CULTURA DE HACER
POLÍTICA

II

Armando Hart Dávalos

Oficina del Programa Martiano
Consejo de Estado
La Habana, Cuba
Agosto 2010

INTRODUCCIÓN

LA CULTURA DE HACER POLÍTICA

Martí, con su fina sensibilidad, no vacila en calificar la política de arte y nos aporta esta lúcida definición:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.

Es decir, se trata de una categoría de la práctica. La política es a las ciencias sociales y humanas lo que la tecnología es a las ciencias naturales, y en el caso de Martí y la identidad nacional cubana tiene un valor universal. Es lo que he llamado la cultura de hacer política que combina adecuadamente la radicalidad y la armonía que se rige por principios éticos.

Otra categoría fundamental de esa cultura de hacer política está en la educación también en su sentido más amplio. He ahí la importancia de la identidad nacional cubana, que tiene en su corazón la cultura política y educacional presente en nuestra tradición intelectual.

Las ideas pedagógicas y filosóficas cubanas están germinalmente en posibilidad de alcanzar una dimensión internacional de vastas proporciones; tienen dos siglos de historia y están vinculadas a las más inmediatas necesidades populares. En la pasada centuria se relacionaron con las ideas del socialismo. Es algo que debemos compartir y difundir. Tendrá incidencia en ello lo que hemos llamado la cultura de hacer política que representan José Martí y Fidel Castro. Si logramos que esa cultura sea abrazada por

las nuevas generaciones de cubanos ellas podrán ejercer una influencia política, filosófica y cultural en general de enorme repercusión.

Es necesario saber diferenciar y a la vez relacionar la ideología —entendida como producción de ideas— de la ciencia, la ética y la política. En el llamado *socialismo real* se confundieron estas categorías y no se supo relacionarlas. El capitalismo, con su pragmatismo galopante y su perversa manera de segmentar la realidad, no nos ofrece ninguna posibilidad de vínculo orgánico entre estas áreas de la actividad humana.

Sólo con el pensamiento dialéctico materialista podríamos hacerlo y así arribar a una política como la que necesita la Revolución tanto para lo interno como para lo externo. Esa cultura, la más consecuente y profunda de Occidente, parte, como hemos dicho, de una altísima sensibilidad ética, lo que permite diferenciar y relacionar estas tres categorías en sus realizaciones concretas.

Para comprender y orientar la acción en esta dirección, el país reclama de las personas de mayor sensibilidad, inteligencia, conocimiento y cultura que integren el esfuerzo común de todo el pueblo para abordar los nuevos y complejos retos que tienen ante sí el pensamiento científico humanista.

La idea clave está en desterrar la divisa de «divide y vencerás», y en exaltar la de «unir para vencer».

Estos son tiempos para un humanismo que relacione cultura y desarrollo, que nos permita asumir con ética y ciencia la globalización. Fidel había dicho en el V Congreso de la UNEAC, y lo ratificó en el VII Congreso de la UJC, que lo primero que había que salvar era la cultura. Esto es, precisamente, lo más importante para la política cubana, su urgencia inmediata en lo interno y en lo internacional.

También sentenció el Apóstol que la facultad de asociarse es el secreto de lo humano, de ahí que todo se hará gestionando la cooperación, desarrollando el entusiasmo sobre los fundamentos de la tradición política, cultural, martiana

y socialista cubanas. Vertebrar todo este empeño estará en consonancia con la ética revolucionaria y con la concepción humanista que hemos ido creando y que debemos transmitir a las nuevas generaciones. Fortaleciendo esta línea de trabajo podremos llegar a convertir a Cuba en «universidad del continente». Si trabajamos todas las generaciones juntas, las más jóvenes y las mayores en estrecha unidad, resaltando el espíritu de cooperación y los valores presentes en la historia nacional cubana, podremos responder al reto martiano de injertar el mundo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas.

Concluyo con un pensamiento de Fidel Castro que sintetiza el hilo conductor de lo que hemos expuesto:

El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir.

TEMA 1

LA CULTURA DE HACER POLÍTICA EN LA HISTORIA DE CUBA

Propongo tratar el tema con vistas a subrayar la necesidad de que los investigadores, estudiantes de la obra del Apóstol, maestros, historiadores y martianos en general estudien las formas de hacer política de José Martí y Fidel Castro como parte de la identidad nacional cubana.

Lo que he llamado «la cultura de hacer política» que ambos representan revela el fruto más puro y útil de la historia de las ideas cubanas. Obsérvese que no digo cultura política que, desde luego, fue la fuente esencial de la cual se nutrió la inmensa sabiduría contenida en ambos documentos; me refiero a las formas prácticas de su materialización y las maneras de vencer objetivamente los obstáculos que se levantan ante todo proyecto trascendente. Los dos tienen fundamentos históricos y filosóficos que es preciso conocer para entender mejor el entrettejido que los une y les brinda eficacia práctica.

Por el análisis del quehacer político ha de empezarse para entender y promover la masividad de la cultura a que está llamando nuestro Comandante en Jefe. En cuanto a Cuba, para lograr tal propósito, es lo que debemos estudiar como orientación fundamental; respecto al mundo tenemos que hacerlo tomando como fuente el inmenso arsenal de la cultura martiana.

El punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Nuestra tradición cultural subraya, asimismo, la necesidad de hallar formas de acción y movilización social que resulten eficaces para la materialización de los objetivos propuestos. Allí es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura de Fidel.

Por ello mis memorias de los años 50, recogidas en el libro *Aldabonazo*, las dediqué a su persona. Señalé que él lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo xx. Ahora agrego: es la que se necesita en la próxima centuria. Para tal propósito resulta necesario, como se viene haciendo, investigar las raíces de este saber en la mejor tradición intelectual y política del siglo xix cubano.

De Félix Varela dijo José de la Luz y Caballero que fue el hombre que nos enseñó «primero en pensar.» Podemos agregar: Luz nos enseñó a conocer, Martí a actuar y Fidel a vencer.

Empleando una expresión del Maestro puede hoy decirse: este «hilo invisible» de ideas une a dos siglos de historia. Estudiése lo que enlaza a estos hombres en la memoria cubana de dos siglos y podremos despejar el misterio del programa ultrademocrático de José Martí, a lo cual nos convocaba en los años 20 Julio Antonio Mella, y las razones económicas, sociales, políticas y culturales que han hecho invencible a la Revolución cubana.

¿Cómo ocurrió este proceso de ideas? Varela y Luz recibieron la más elevada cultura europea que culminó en la Ilustración, los enciclopedistas y la llamada modernidad y, por tanto, la expresión más elevada del pensar científico alcanzada por la evolución histórica occidental. A su vez, asumieron de forma pura, sin las mistificaciones de la sociedad europea, la herencia ética de raíz cristiana, cuyo primer antecedente en América se remonta al siglo xvi con Fray Bartolomé de las Casas.

La originalidad y mérito de estos maestros está en que no pusieron en antagonismo la creencia en Dios con los progresos de la ciencia. Esto, en la primera mitad del xix, es un milagro, entendiendo este calificativo con el significado que señala el diccionario: «suceso o cosa rara, extraordinaria y maravillosa».

De esa manera los mejores principios éticos de la civilización occidental, contenidos en el mensaje de Jesús de

Nazaret, resultaron válidos para creyentes y no creyentes. No se presentaron en contradicción con la cultura de la «edad de la razón» ni, por consiguiente, con los ideales más progresistas y humanistas del siglo XIX, entre ellos el pensamiento liberal, el masónico, etcétera.

Estos valores nutrieron el ideario de los fundadores de la nación. Céspedes y Agramonte fueron sus más genuinos representantes. Se articularon, a su vez, con lo que he llamado la cultura de los Maceos, que incluía las más diversas corrientes, tal como llegaron a la región oriental de Cuba a través del Caribe, y la población esclava y explotada en general los asumió con un carácter propio, singular, recreándola y orientándola a favor de la justicia social. Este proceso constituyó un antecedente de lo que hemos llamado, en nuestra época, cultura de la emancipación.

De toda esta inmensa sabiduría se nutrió la mentalidad privilegiada y de refinada sensibilidad poética, ética y política de José Martí. Admira apreciar cómo el Apóstol denunció, desde finales del siglo XIX, la grave crisis de la modernidad norteamericana, que hoy alcanza muchas más peligrosas consecuencias, y describió el carácter que ellas tenían, derivado del divorcio entre el crecimiento de la riqueza impulsado hacia el individualismo feroz y las enormes limitaciones de la vida espiritual.

Sobre estos fundamentos el Maestro incorporó a la tradición decimonónica cubana dos elementos esenciales: de un lado, el conocimiento profundo y minucioso de Estados Unidos, los peligros de su expansión por América y el mundo, el estudio de lo que llamó «gérmenes funestos» que iniciaban entonces en aquella república su obra de destrucción; de otro, las formas prácticas que debían aplicarse para lograr la independencia y asegurarla hacia el futuro; es decir, la unidad de nuestro pueblo.

Estos dos aspectos, el antimperialismo y la práctica política, de fundamentación ética universal, están presentes en la médula de la cultura de Fidel. Su gran aporte ha sido enriquecer los modos martianos de hacer política en las

condiciones creadas por el desarrollo científico-técnico, en especial en las esferas de la información y de la promoción de las ideas; esto, sobre el fundamento y la orientación del ideal antimperialista y socialista, tal como se proyectó en el siglo xx. Todo ello da respuesta a la expresión popular: «qué tiene Fidel, que los *americanos* no pueden con él».

Sobre la base de la tradición y enseñanzas martianas, Fidel desarrolló en nuestra centuria la idea revolucionaria *de unir para vencer*. Superaba, así, la vieja divisa reaccionaria de *divide y vencerás*.

No es fácil encontrar, en la historia de los países occidentales, políticos de la estatura de Fidel Castro y de su maestro, el héroe de Dos Ríos. Esto se fundamenta —como no me cansaré de repetirlo— en los principios éticos de valer universal de nuestra cultura y poseen argumentación lógica y filosófica, que resulta indispensable estudiar con mayor profundidad en nuestro país y proyectarlos a escala internacional.

Veamos sus fundamentos lógicos. Tomemos, como punto de partida, el análisis de la tesis reaccionaria contenida en *divide y vencerás*. Ella ha sido, como se sabe, el principio aplicado en la dilatada historia política de las sociedades clasistas desde el nacimiento de que con su divisa *divide et impera*—pasó a ser el principio de que fue el más profundo analista político. Santamaría habió en que el capitalismo emergía en el seno de la sociedad feudal, hasta la política imperialista en nuestros días. Una máxima que recorre la historia de la civilización occidental.

Pues bien, hoy la política basada en la idea de dividir para vencer ha entrado en crisis, pues ella no es ya eficaz para un mundo globalizado que necesita integrar esfuerzos con el objetivo de enfrentar los dramáticos desafíos que tiene ante sí.

La defensa de intereses individuales de grupos o de clases sociales en particular, ha descansado siempre en fragmentar a todos los que entorpezcan la consecución de sus intereses y ambiciones; pero si se plantea una aspiración

que resulte de interés para toda la humanidad, cualquier forma que divida será contraproducente. Los propósitos altruistas a escala universal, como lo reclama el siglo XXI, sólo pueden lograrse sobre el principio de unir para vencer. La consigna reaccionaria, por tanto, debe ser superada por una cultura superior de ejercitar la política.

La manera en que podemos asumir la experiencia martiana y fidelista para enfrentar estos problemas está en dejar atrás todo sectarismo, promover la unión en empeños comunes, situar los objetivos inmediatos más importantes y que, en todo caso, sean las personas, individualmente, las que se alejen por su propia voluntad del propósito unificador. Quedarán así aisladas. Esto no excluye el esclarecimiento cultural profundo, por el contrario, lo exige. He ahí la complejidad y sutileza de la cuestión.

Eso fue lo que hizo Martí para fundar, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano y organizar la Guerra Necesaria. No tengo que explicar esa historia porque ustedes la conocen bien. Su vida y obra confirman que su valor político esencial estuvo en lograr la unidad de los cubanos en la lucha por ser libres del colonizador español.

No lo logró haciendo concesiones, ni utilizando los argumentos mediacionistas con los que se acostumbraba a la posibilidad de la independencia radical, sino incorporando a la lucha, nadie fue más crítico con el anexionismo y el reformismo. Los rechazaba sobre la base de fundamentos culturales, y realizó, así, una labor de esclarecimiento de ideas que no significaba aplastar a las personas confundidas, las que pudieran y debían ser ganadas para la causa. Advirtió, asimismo, que nuestro país no sólo debía ser libre de España, sino también de Estados Unidos.

Fue Martí quien describió y denunció, primero que nadie en el mundo, el fenómeno del imperialismo. Baste recordar aquel párrafo de gran significación, que aunque mucho se ha repetido hace falta que se conozca más en el mundo. Dijo el Apóstol:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

No considero necesario extenderme, como he dicho, en la historia y la vida de José Martí, porque sus aspectos esenciales son bien conocidos; sin embargo, quiero compartir con ustedes algunas de las experiencias que he recibido de la vida revolucionaria de Fidel y que me llevaron a comprender y asumir esta cultura acerca de la práctica política fidelista.

Cuando en 1953, durante los sucesos del Moncada, Fidel fue interrogado inquisitivamente por el fiscal acerca del hecho de que en el apartamento de Abel y Haydée Santamaría habían encontrado libros de Lenin, él respondió algo así: *quien no haya leído a Lenin es un ignorante*.

Esta era una advertencia para todos los que hicieran política o aspiraran a hacerla. Lo era para ayer y lo es para hoy. Yo, inmediatamente, empecé a interesarme por estudiar a Lenin. No se podía, ni era racional ni justo, pretender que Fidel, en aquel entonces, hubiera hecho un planteamiento formal acerca de cómo los escritos de Lenin influyeron en la estrategia y táctica del Moncada, pero él siempre ha encontrado la forma de decir la verdad, brindar las orientaciones necesarias y llegar a todas las personas honestas que pudieran estar confundidas o no bien infor-

madas, y albergaran dudas o prejuicios que no les permitieran adherirse a las posiciones más radicales.

En otra ocasión, cuando Faustino Pérez y yo, que pertenecíamos al Movimiento Nacional Revolucionario que dirigía el profesor Rafael García Bárcena, nos reunimos con Fidel tras su salida de la cárcel en 1955, nos planteó la incorporación al Movimiento 26 de Julio en los siguientes términos: *Ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de estado, como era su concepción, entonces le darán su apoyo.* Era una forma política inteligente y generosa; desde luego, nosotros desde entonces nos adscribimos al 26 de julio.

Otro aspecto importante, que se relaciona con lo anterior, está en la comprensión de que la violencia, como arma revolucionaria debe ser siempre responsabilidad de los reaccionarios, y en esto vale recordar la expresión «la mujer del César no sólo tiene que ser honesta sino también parecerlo», clave para encontrar la raíz de los errores cometidos en la historia de los procesos revolucionarios de América Latina en los años 60 y 70. Observemos esta conclusión a la luz de una experiencia que tuvimos con Fidel.

Desde el 10 de marzo veníamos sustentando que la dictadura sólo podía ser derrocada por una revolución popular. Sin embargo, tras la amnistía, la táctica de Fidel no fue plantear de inmediato reiniciar la lucha armada. Los combatientes del Moncada acababan de ser amnistiados, por lo que no era lógico lanzar la consigna de insurrección. Esta responsabilidad no debía recaer en los revolucionarios, sino en la tiranía.

A pesar de los obstáculos, Fidel trató de buscar soluciones políticas. Pero el gobierno cerró todas las puertas; impidió la celebración de un acto convocado para el 20 de mayo de 1955 en la escalinata universitaria. Asimismo se habló de que Fidel compareciera en un conocido programa político de la televisión llamado «Ante la prensa», y en el espacio radial «La hora ortodoxa», pero tampoco le fue permitido hacerlo.

Se comenzó a librar entonces la batalla política más importante: denunciar los crímenes cometidos el 26 de julio de 1953 y los días subsiguientes.

Aunque esta acusación no era un llamado a la Revolución, hacía más daño a Batista que la posición insurreccional. Sin convocar a la guerra, Fidel desmoralizó al enemigo, al punto de que un funcionario que había sido gobernador en la antigua provincia de Oriente, Waldo Pérez Almaguer, no quiso responsabilizarse con los crímenes horrendos del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953, e incitado por la apelación pública de Fidel se dispuso a confirmarlos.

Batista no encontró más salida que desencadenar con mayor violencia la persecución de los fidelistas, y esto fue lo que hizo. Corríamos el peligro de que asesinaran a Fidel, a Raúl y a otros moncadistas, pues había indicios de que estos planes ya estaban en marcha. Era aconsejable tomar el camino del exilio para organizar la expedición armada. Raúl se asiló en la embajada de México; iba a la capital azteca a preparar la continuación de la lucha. Fidel partió hacia el mismo destino por el aeropuerto de Rancho Boyeros, el viernes 7 de julio de 1955.

La idea de una salida pacífica y su planteamiento público habían durado bien poco. Batista se encargó de demostrar, con la persecución inmediata de Fidel y sus compañeros, que el único camino posible era el de la insurrección. Bastaron dos escasos meses para que el jefe de la Revolución pudiera formular nuevamente el planteamiento de la lucha armada. Cuando salió de La Habana señaló: «De este viaje no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies.»

Otra anécdota está relacionada con el «Pacto de Miami» en 1957. Este fue un acontecimiento decisivo en la historia de la Revolución. Sin la aprobación del Llano ni de la Sierra se constituyó en Miami una llamada Junta de Liberación en la que, según decían, aparecía nuestra organización. Por tales razones fui a la Sierra Maestra a los efectos de informarle a Fidel todos los detalles del acontecimien-

to. Él redactó un mensaje radical rechazando el pacto pero, a su vez, llamando a la unidad insurreccional contra la tiranía. Este documento es de una enseñanza histórica bien elocuente acerca de una cultura revolucionaria de cómo se debe hacer la política.

Vamos a otra anécdota. Tras el triunfo de la Revolución, en el acto de la Plaza donde Fidel rasgó en pedazos los textos de diversos tratados que ataban al país al imperialismo en el terreno militar —que nos hacía enemigos especialmente de la URSS y la República Popular China— en el pueblo había una gran excitación y un decidido respaldo a aquella posición. Me acerqué a Fidel en aquella memorable jornada y le dije: rompamos ahora con Estados Unidos. Él me contestó algo así: *eso que lo hagan ellos*. Demostró, una vez más, su sabiduría política, la que recorre toda la historia de la Revolución.

En 1971 tuve el honor de formar parte de la delegación presidida por Fidel en su visita al Chile de Allende. Algunos compañeros chilenos, entrañables para nosotros, tenían importantes críticas al presidente Allende desde posiciones muy radicales. En una habitación de la residencia de nuestro Embajador en ese país, un grupo reducido de ellos dialogó con Fidel sobre estos problemas y explicaron sus fundamentos ideológicos. Fidel, en aquella inolvidable reunión, les señaló a aquellos compañeros: ustedes, aquí, en el cono sur, han estudiado doctrinas políticas y poseen una alta cultura; nosotros, en el Caribe, somos más prácticos. Concluyendo con esta expresión que nunca olvidaré: *En Chile la revolución la hace Allende o no la hace nadie*.

Para analizar estos métodos fidelistas tras el triunfo revolucionario, es muy importante tener en cuenta que durante el período comprendido entre 1952-1959 los representantes de los partidos tradicionales, alineados formalmente frente a la tiranía, habían perdido, en el proceso de la lucha armada, toda posibilidad de dirigir el movimiento popular y representar al país. El liderazgo de la nación

pasa definitivamente a Fidel Castro y al movimiento revolucionario iniciado en el Moncada.

Cuando triunfa la Revolución, el sistema pluripartidista cubano se había extinguido, la unidad de pueblo se había logrado en la insurrección, a la que no habían contribuido los partidos tradicionales, sino que, por el contrario, se convirtieron en obstáculo para derrocar a Batista.

Si no se entiende esto no se comprenderá jamás el proceso unitario de la Revolución cubana. En tales condiciones se produce, durante los primeros años, la integración de las fuerzas revolucionarias bajo la dirección de nuestro Comandante en Jefe. Este fue un hecho nacido, orgánica y naturalmente, en aquellos tiempos memorables. De tal proceso nació el Partido Comunista de Cuba, a partir de la unión de tres organizaciones: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Socialista Popular.

Una vez más Fidel mostró su política martiana de poder catalizador y armonizador que, con su talento excepcional y su sentido humanista, vence las dificultades que siempre presentan diversas formas de sectarismo. Así surgió nuestro Partido, fue el de la unidad de todos los revolucionarios.

Está por hacer la historia de cómo se gestó;— las dificultades que se afrontaron no fueron pocas; vencerlas fue uno de los méritos del liderazgo, la inteligencia y el espíritu de justicia con que Fidel siempre ha manejado los temas humanos y políticos.

La Constitución de la República, aprobada en 1976 por amplio y democrático plebiscito popular, señala que nuestro Partido «...martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista»; tiene sus fundamentos históricos nacionales muy diferentes a como se desarrolló esta experiencia en otros

países, en muchos de los cuales, por cierto, existían varios partidos.

El socialismo, teóricamente, no tiene por qué rechazar el pluripartidismo. Es un asunto de la historia de cada país. En el nuestro, para unir y vencer, no pueden existir varios partidos. Si se cometiera la locura de violar este principio, se les daría oportunidad a los mafiosos, delincuentes y entregados al imperialismo.

La unidad es un prerrequisito en la Revolución cubana para la genuina democracia humanista. El aporte esencial de Fidel sobre este tema debe ser estudiado, no para que se copie en otros países, sino para que se conozca y comprenda la experiencia histórica del nuestro.

En Fidel, heredero de la cultura cubana y latinoamericana, se articularon dos corrientes de la tradición occidental; ellas son:

- La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.
- La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras en el intento de situarse fuera de la naturaleza ignorando sus potencialidades creativas.

En cuanto al pensamiento socialista, tal como está presente en la cultura de Marx, Engels y Lenin, Fidel hace un aporte excepcional. Representa la única interpretación válida para los tiempos que vivimos y los de la próxima centuria.

En los años 60 nuestro Comandante en Jefe se colocó en la avanzada del movimiento revolucionario internacional, proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo, insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

Al situar la cultura como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, se ha colocado hacia el siglo XXI en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Sus ideas están en el lugar más avanzado y esclarecido del movimiento filosófico —subrayo la palabra filosófico— de la contemporaneidad; lo hace colocando la cultura, como genuina creación humana, en el centro de la política y de las ideas.

Es necesario extraerle consecuencias prácticas a este hecho fundamental. No hay otra alternativa: o la humanidad encuentra el camino de la cultura o se impondrán el caos y la barbarie. Coronar la edad moderna y el inmenso desarrollo científico-tecnológico alcanzado con los más elevados principios culturales y específicamente éticos de la historia universal, es la única posibilidad de sobrevivir para una civilización agotada espiritualmente. En la tradición de dos siglos de ideas que se integran en el acervo cultural de la nación y que Fidel representa, está nuestra fuerza, la que nos cohesiona y también la que nos permite presentarnos internacionalmente.

El proceso iniciado en el Moncada el 26 de Julio de 1953, que a partir del Granma tomó fuerza decisiva y condujo al

derrocamiento del ejército al servicio de las oligarquías y del imperialismo yanqui, a la caída de la tiranía y a la liquidación del sistema político, económico y social neocolonial, marcó definitivamente una nueva etapa en la segunda mitad de nuestra centuria en el hemisferio occidental.

La proclamación por Fidel del carácter socialista de la revolución, en 1961, y la vigencia de ésta durante 40 años, terminó para siempre con las formas que había tomado en nuestro siglo el poderío imperial de Estados Unidos y los obligaba, y obliga, a ajustar su política a los nuevos tiempos. Si nueve administraciones no lo han hecho, es porque están retrasados en la historia, son ellos los que pertenecen al pasado.

Luego, en los años 90, tras la caída del llamado «socialismo real» y disolución de la URSS, Cuba, al resistir heroicamente y mantener viva y más fuerte que nunca sus ideales socialistas, ha realizado una segunda revolución y dado un nuevo ejemplo imperecedero para la humanidad y, en especial, para América Latina.

Esto ha sido posible por la política fidelista de fundamentación martiana, lo cual constituye una lección imborrable en la historia. Su prerrequisito esencial ha estado en la unidad popular y en la fundamentación cultural, en cuyo corazón se halla la aspiración de justicia universal que el genio de Fidel asumió de la inmensa tradición cubana y latinoamericana de cosmovisión bolivariana y martiana. Quienes en el presente, el futuro inmediato o lejano pretendieran borrar de la conciencia de las masas estos ejemplos, deben saber que la acción criminal les causará los más graves problemas al propio sistema que representan; no hay vuelta atrás, y si se intentase son impensables las desastrosas consecuencias que ello tendría, no ya para Cuba sino para América y el mundo.

El fundamento de estos métodos, lo señalábamos desde el principio, está en las profundas convicciones éticas y democráticas cubanas de valer universal. Es necesario basarse en ellas para asumir eficazmente los grandes temas de

nuestro tiempo. A esta conclusión nos llevó la idea martiana de organizar una república con todos y para el bien de todos. Las raíces de estas ideas y propósitos se hallan en el ideal integrador y emancipador de nuestra América.

Tanto en Martí como en Fidel se revela una decidida vocación de universalidad. Desde los tiempos de Cayo Confite hasta la ayuda internacionalista que prestan nuestros médicos, ha sido una constante en la política de Fidel. Los ejemplos están en el aliento y apoyo a los movimientos de liberación nacional en varios continentes, que nos ejemplificamos en su grado más alto en el Guerrillero Heroico Ernesto Che Guevara; está presente en los combatientes cubanos que lucharon y murieron en África.

Como fundamento de esta historia, ha de tenerse muy en cuenta lo siguiente: la cultura latinoamericana y caribeña forjó una altísima sensibilidad en relación con el Hombre y la Naturaleza, que posee la particularidad de desarrollarse sobre el fundamento de tres grandes categorías: la ética, la educación y la práctica política. Las expresiones más universales y concretas de esa cultura se encuentran en Simón Bolívar, en José Martí y en Fidel Castro, continuadores de la obra del Libertador. Es lo que hay que entender para conocer la cultura de Fidel.

Para concluir este Taller, reafirmemos las consignas que a lo largo de nuestra historia han expresado el ideal de Varela, de que Cuba fuera tan isla en lo político como en lo geográfico:

Independencia o Muerte, de nuestros mambises
Seremos libres o seremos mártires, de la Generación del Centenario
Patria o Muerte, nacida en los primeros años del triunfo, y
Socialismo o Muerte, de los tiempos más recientes

Concluyo con la expresión del inolvidable Comandante Ernesto Che Guevara, definidora de la confianza en el futuro de la Revolución: **Hasta la victoria siempre.**

TEMA NO. 2

LA CULTURA MARTIANA DE HACER POLÍTICA

La importancia de las enseñanzas de Martí y de Fidel, especialmente en el campo de la política, nos plantea el reto de presentar, con el rigor necesario, a los estudiosos e investigadores y a los cubanos en general interesados en este apasionante tema, un texto que aborde el aporte esencial del pensamiento cubano a la cultura política y filosófica universal y que hemos denominado *La cultura de hacer política*.

Para ello nos proponemos abordar tanto los fundamentos teóricos de esa cultura que se gesta desde los tiempos forjadores de la nación cubana como las enseñanzas prácticas de la política de José Martí y de su discípulo fundamental, Fidel Castro, para alcanzar la independencia plena del país y forjar la unidad nacional. La política concebida como un arte y regida por principios éticos es el aporte más original de Martí a la historia de las ideas y se resume en el principio de superar radicalmente el divide y vencerás de la tradición conservadora y reaccionaria, y establecer el postulado de unir para vencer. La historia de nuestro país permite comprobar que esta concepción acerca de cómo hacer política está en el nervio central de la evolución cubana durante dos siglos. Pienso, en particular, que esta es la enseñanza principal que los cubanos deseamos se extraiga de los cincuenta años transcurridos desde el 26 de julio de 1953 hasta nuestros días. Unir para vencer es la clave de la política martiana que la generación del Centenario, bajo la dirección de Fidel, exaltó al plano más alto durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Aspiramos a investigar y mostrar los caminos recorridos en el proceso integrador del pueblo cubano, sus fundamentos y, en especial, la manera de lograr esa unidad por la vía de la práctica política y de la educación. La evolución económica y social de la historia de Cuba, constituye la base

de este enorme saber y de ella se derivan las conclusiones que aquí presentaremos.

La inmensa y contradictoria experiencia del dramático siglo XX nos da la clave para comprender la naturaleza del desafío que enfrentamos. La esencia filosófica de la tragedia de dos mil años de historia universal, y que tiene sus antecedentes inmediatos en el siglo XX, está en la ruptura que se hizo entre ciencia y utopía. En Martí y en la cultura cubana en general cristalizó, sin embargo, la articulación de estos dos planos de la vida para forjar un pensamiento creador de la conciencia humana de validez universal.

Este pensamiento forma parte del patrimonio cultural cubano y ha conservado sus raíces originales; se ha enriquecido en el curso de las dos últimas centurias. El importante caudal cultural que sintetizan Martí y Fidel en cuanto a las formas de hacer política constituye un patrimonio sustantivo y una de las características definitorias de la identidad nacional cubana.

Lo que hemos llamado *cultura de hacer política*, constituye el fruto más puro y útil de la historia de las ideas cubanas. Ahí se halla un elemento principal de su originalidad. Obsérvese que no digo sólo cultura política, que, desde luego, constituye la fuente de la cual se nutrió esta inmensa sabiduría. Me refiero a las *maneras prácticas* de su materialización y de vencer obstáculos que se levantan ante todo proyecto revolucionario. Esta práctica tiene fundamentos filosóficos que es preciso conocer para entender mejor el entretejido de ideas que nos conduce hacia los resultados alcanzados. La prueba más evidente de esa eficacia la tenemos en el hecho de que en las más difíciles circunstancias y enfrentados a los más grandes obstáculos, la política cubana ha adquirido una singular influencia en el mundo de los últimos cincuenta años.

Esto ha sido posible por la política fidelista de fundamentación martiana, lo cual constituye una lección imborrable en la historia. Su prerrequisito esencial ha estado en la unidad popular y en la fundamentación cultural,

en cuyo corazón se halla la aspiración de justicia universal que el genio de Fidel asumió de la inmensa tradición cubana y latinoamericana de cosmovisión bolivariana y martiana. Quienes en el presente o en el futuro inmediato o lejano pretendieran borrar de la conciencia de las masas dichos ejemplos, deben saber que tal acción criminal les causará los más graves problemas al propio sistema que representan; no hay vuelta atrás, y si se intentase, son impensables las desastrosas consecuencias que ello tendría, no ya para Cuba sino para América y el mundo.

Sobre la base de esta tradición, Fidel desarrolló en nuestra centuria —como ya he explicado— la idea revolucionaria de *unir para vencer*, superando así el *divide y vencerás*. No es fácil encontrar en la historia de los países occidentales, políticos de la estatura de Fidel y de su maestro José Martí que hayan seguido una política de esta manera. Esta ha sido la clave práctica de la política, que muchas veces no se ha entendido ni siquiera por aquellos que estaban de acuerdo con nuestras ideas. Esto se fundamentó en principios éticos de valer universal de nuestra cultura y poseen argumentación lógica y filosófica que resulta indispensable estudiar con mayor profundidad en nuestro país y proyectarla a escala internacional.

Hay que saber diferenciar y, a su vez, relacionar ideología entendida como producción de ideas o como ciencia del estudio de las ideas, de un lado, y de la práctica política concreta, del otro. La primera, inspira y orienta a la segunda; pero no es ella. La segunda promueve y desarrolla materialmente la acción política hacia los fines y objetivos que se proponga. La confusión en diferenciar ambos conceptos puede conducir al dogmatismo. No relacionarlos puede llevarnos a la dispersión y a la anarquía. En el equilibrio entre las formas de hacer política y los objetivos que nos propongamos, está la esencia del pensamiento de José Martí. La práctica política la entendemos, aquí, como la que se produce en los objetivos de la movilización de las personas a favor de tal o cual aspiración. José Martí, en

carta póstuma a Manuel Mercado, señaló: «En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.»¹

Ni olvidar el fin ni tampoco tenerlo presente como elemento sustancial de una política culta.

Veamos sus fundamentos lógicos. Tomemos, como punto de partida, el análisis de la tesis reaccionaria contenida en *divide y vencerás*. Ella ha sido, como se sabe, el principio aplicado en la dilatada historia política de las sociedades clasistas desde Roma —con su divisa *divide et impera*— pasando por Maquiavelo, que fue el más profundo analista político de los tiempos en que el capitalismo emergía en el seno de la sociedad feudal, hasta la política imperialista en nuestros días. Una máxima que recorre la historia de la civilización occidental.

Pues bien, hoy la política basada en la idea de dividir para vencer ha entrado en crisis, pues ella no es ya eficaz para un mundo globalizado que necesita integrar esfuerzos con el objetivo de enfrentar los dramáticos desafíos que tiene ante sí. La defensa de intereses individuales de grupos o de clases sociales en particular, ha descansado siempre en fragmentar a todos los que entorpezcan la consecución de sus intereses y ambiciones; pero si se plantea una aspiración que resulte de interés para toda la humanidad, cualquier forma que divida será contraproducente. Los propósitos altruistas a escala universal, como lo reclama el siglo XXI, sólo pueden lograrse sobre el principio de *unir para vencer*. La consigna reaccionaria, por tanto, debe ser superada por una cultura superior de ejercitar la política.

La manera en que podemos asumir la experiencia martiana y fidelista para enfrentar estos problemas está en dejar atrás todo sectarismo, promover la unión en empeños comunes, situar los objetivos inmediatos más impor-

¹ José Martí, Obras Completas. Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, Ed. Ciencias Sociales t. 20, p. 161

tantes y que, en todo caso, sean las personas, individualmente, las que se alejen por su propia voluntad del propósito unificador. Quedarán así aisladas. Esto no excluye el esclarecimiento cultural profundo, por el contrario, lo exige. He ahí la complejidad y sutileza de la cuestión.

Esto fue lo que hizo José Martí al fundar el Partido Revolucionario Cubano en 1892 y organizar la *guerra necesaria*. Su vida y obra confirman que su valor político esencial estuvo en lograr la unidad de los cubanos en la lucha por ser libres del colonialismo español. No lo logró haciendo concesiones o aceptando argumentos mediacionistas con los elementos que le negaban la posibilidad de independencia radical, muy por el contrario, nadie fue más crítico al anexionismo y al reformismo, pero tampoco lo hizo con posiciones sectarias, dogmáticas, sino con un debate profundo y radical de ideas contradictorias con fundamentos culturales y realiza así una labor de esclarecimiento de ideas que no significaba aplastar a las personas confundidas, las que tenían y debían ser ganadas para la causa.

A partir de las enseñanzas de Martí debemos analizar aspectos esenciales relacionados con los esfuerzos de la unidad de nuestro pueblo. Sugerimos otros enfoques tales como los siguientes:

— La historia de la diversidad de corrientes y situaciones que en el fondo de la lucha de ideas se movía en el país en la primera mitad del siglo XIX o propiamente antes del 68. Los orígenes del independentismo, del anexionismo, sus contradicciones, etc.

— Los debates en torno a cómo organizar y dirigir la guerra de independencia en los tiempos de gestación (1868-1869); es decir, los que tienen como símbolo a Céspedes y a Agramonte; las diferencias entre ellos y la identidad esencial que los aunaba. El

papel de la Asamblea de Guáimaro, que fue donde se logró, por vez primera, la unidad de nuestro país..

- El proceso que condujo a la destitución de Carlos Manuel de Céspedes como Presidente de la República. Sus orígenes y consecuencias.
- El tiempo histórico comprendido entre la destitución del Presidente Céspedes hasta la Paz del Zanjón. Factores que unían. Factores que dividían. La significación del Pacto del Zanjón y de la Protesta de Baraguá como germen esencial, esta última, de la unidad nacional. La intransigencia revolucionaria como factor de unidad.
- El proceso de la llamada «tregua fecunda». El papel de Martí como artífice de la unidad. Cómo lo hizo. Las polémicas entre Gómez, Martí y Maceo, en especial la del año 1894. Estudio de la identidad que los unía y de las formas y circunstancias que los hacían tener criterios distintos en cuanto a las relaciones entre el ejército y la autoridad civil. Significación histórica del hecho de que fue la campaña de Martí la que condujo a la guerra necesaria.
- Los acontecimientos de La Mejorana. Sus raíces, sus consecuencias y la identidad esencial en el núcleo central de nuestra epopeya. Martí, Gómez y Maceo.
- El proceso de la unidad desde entonces hasta la Asamblea del Cerro. Discrepancias que tuvieron algunos dirigentes de la guerra con Gómez. Razones de la disolución del Partido Revolucionario Cubano por Estrada Palma, del Ejército Libertador. El factor de la intervención norteamericana como

elemento propiciador de la división. La situación creada en el país con la intervención norteamericana. Las limitaciones surgidas. El triste proceso de la Enmienda Platt y de la Constitución de 1902. Diversidad de posiciones. Influencia que tuvo la muerte de Martí y de Maceo años antes.

- El proceso de la unidad con toda su complejidad desde 1902 hasta 1953.
- Cómo logra Fidel Castro, tras el asalto al Moncada, iniciar el empeño unitario de las fuerzas revolucionarias hasta conducirnos a la victoria del 1º de enero. Factores que influyeron u obstaculizaron este proceso.
- Las luchas de Fidel por la unidad tras el triunfo de la Revolución. Las dificultades que se presentaron. La forma en que nuestro Comandante en Jefe abordó la cuestión.

Cada uno de estos aspectos debe dar lugar a amplios análisis que tengan como orientación el pensamiento martiano y fidelista. En el sustrato de esta cultura se encuentran los fundamentos éticos y de carácter jurídico. Vamos a exponer un enfoque de estos problemas en las raíces históricas de nuestra Revolución, que es una sola desde el 10 de octubre de 1868 hasta nuestros días.

Con una visión de la vida de Maceo, Martí y Máximo Gómez, y el papel de cada uno de ellos en la revolución, se puede llegar a la siguiente conclusión: Los tres, núcleo central de la guerra contra el dominio colonial español, están unidos en lo esencial en la aspiración de independencia de Cuba, tanto de España como de Estados Unidos; en asumir la necesidad de luchar por la integración social de la patria, compuesta por diversidad de etnias e influencias culturales y sociales, y, por tanto, de abolir la esclavi-

tud y la discriminación racial. Estaban unidos también en la estrategia de movilizar a toda la población del país a partir de la invasión de oriente a occidente. Los unió también la vocación internacional que aspira a formar una patria integrada a América Latina y el Caribe, y en fin, una vocación de universalidad que se halla en la sustancia de la cubanía. La diferencia entre estos tres grandes próceres se encontraba en la forma de organizar la dirección política de la Revolución y las relaciones entre el Ejército Libertador y las autoridades políticas. En las concepciones que cada cual tenía sobre el asunto influía su propia experiencia personal.

Estos debates giraban sobre los temas institucionales de implicaciones jurídicas que nos enseña, además, la hermosa tradición de sensibilidad y pensamiento sobre el Derecho que tenían nuestros héroes.

A más de cien años de distancia, teniendo a la vista el encuentro de Gómez, Maceo y Martí, en 1884, en Nueva York, y con la mente puesta en lo que debieron ser las conversaciones de La Mejorana, hoy todos los cubanos llevamos en el corazón aquel infinito respeto, admiración y cariño que Martí sentía por Gómez y Maceo. El pueblo y la historia los ha situado a los tres como el núcleo central de la guerra de independencia de Cuba.

El gran mérito histórico de Martí fue unir a todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, trasmitirle una ideología y una proyección política. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar ese objetivo. Dijo: «Comprendí que debía enfrentar la acusación de oponerle trabas leguleyescas a la guerra de independencia». Mucho había estudiado y superado Martí los reparos civilistas que obstaculizaron la Guerra del 68. No había, tampoco en Gómez y en Maceo aquellos gérmenes de caudillismo que hicieron naufragar la Guerra Grande en el Pacto del Zanjón. Sin embargo, en

las discusiones de La Mejorana, residuos de estas viejas cuestiones estaban presentes en la mente de aquellos gigantes de la historia.

Tras la intervención norteamericana y la Asamblea del Cerro, dicen que Máximo Gómez planteó que aquella era la hora de Martí. Asimismo, cuando lo invitaron a organizar un partido político dijo que era Martí quien sabía hacerlo.

Es muy difícil encontrar entre los forjadores de naciones una pléyade tan amplia de insignes patriotas y con tal relevancia y significación, y es difícil también encontrar un acercamiento tan profundo como el que se logró en Cuba entre ellos, y esto fue garantizado por la unidad del país para alcanzar su independencia. Se logró porque estaban unidos en el mismo objetivo al que hacemos referencia y por el inmenso respeto a la tradición de cultura jurídica de la nación cubana.

Otro elemento importante está en que los patriotas cubanos, y en especial Martí, combatiente radical contra el sistema colonial español, exhortaban continuamente a la idea de que los hijos de Iberia que después del triunfo desearan incorporarse a ella, serían recibidos con los brazos abiertos. Hay un llamado constante a los españoles a confraternizar, a unirse. Esto está en la médula del pensamiento de Martí, Gómez y Maceo. Esta es también una enseñanza ética.

El martiano verdadero no puede combatir a ningún otro pueblo de la tierra sino llamarlo a la lucha solidaria por la dignidad plena del hombre. Así nos incita también el Apóstol a vincularnos con el pueblo norteamericano. Recuérdese que Martí había señalado que con la independencia de las Antillas se podría no sólo garantizar la de nuestra América, sino también, ayudar a salvar «Salvar el (...) honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio-por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles-hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que

con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.»²

Este pensamiento estaba muy vivo en Martí en aquellos días finales de su vida. Desde luego, para tan altos propósitos, tenía que trabajar en silencio porque hay cosas que de decirse en lo que son levantarían obstáculos demasiado poderosos y no se podría alcanzar sobre ellas el fin.

² J. Martí, O. C. El Tercer año del Partido Revolucionario Cubano, abril de 1894, Ed. Ciencias Sociales, t. 3. p. 142

TEMA NO.3

LA CULTURA FIDELISTA DE HACER POLÍTICA

Comoquiera que disponemos de una experiencia inmediata en el proceso de la revolución triunfante, expondremos enseñanzas extraídas de la práctica revolucionaria de Fidel.

A mediados del siglo XX se imponía el ideal socialista, teóricamente con fundamentos culturales, como necesidad de la política cubana. Esto no estaba en la superficie, pero sí en el sustrato de nuestras realidades. En la génesis de la Revolución cubana que en 1961 proclamó su carácter socialista, está el Moncada, aunque el movimiento iniciado entonces no revelaba su contenido, ese contenido sí se hallaba en sus exigencias económicas, sociales y morales que más tarde, desde 1959, sirvieron de presupuesto a un programa de esta naturaleza. La destreza política de Fidel consistió en no proclamar el socialismo entonces —aunque él ya tenía una cosmovisión de este carácter— porque no resultaba práctico ni táctico hacerlo, aunque, desde luego, tampoco podía rechazarlo ni pasarlo por alto. Actuó aquí como lo hubiera hecho Martí.

Aquí está una de las claves de la política de la Revolución cubana. ¿Cómo lo hizo entonces? Cuando en 1953, durante los sucesos del Moncada, fue interrogado inquisitivamente por el Fiscal acerca del hecho de que en el apartamento de Abel y Haydée Santamaría habían encontrado libros de Lenin, Fidel respondió algo así: quien no haya leído a Lenin es un ignorante. Esta era una advertencia para todos los que hicieran política o aspiraran a hacerla. Lo era para ayer y lo es para hoy. Yo, inmediatamente, empecé a interesarme por estudiar a Lenin. No se podía, ni era racional ni justo, pretender que Fidel en aquel entonces hubiera hecho un planteamiento formal acerca de cómo los escritos de Lenin influyeron en la estrategia y táctica del Moncada, pero él siempre ha encontrado la forma de

decir la verdad, brindar las orientaciones necesarias y llegar a todas las personas honestas que pudieran estar confundidas o no bien informadas, y albergaran dudas o prejuicios que no les permitieran adherirse a las posiciones más radicales. Los buenos acaban por incorporarse, pero hay que dejar las cosas bien claras sin crear confusiones, hay que hacer una labor que tiene que ver mucho con la didáctica.

Ya hemos relatado que cuando Faustino Pérez y yo, que pertenecíamos al Movimiento Nacional Revolucionario que dirigía el profesor Rafael García Bárcena, nos reunimos con Fidel tras su salida de la cárcel en 1955, nos planteó la incorporación al Movimiento 26 de Julio en los siguientes términos: ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de Estado, como era su concepción, entonces le darán su apoyo. Era una forma política inteligente y generosa. Desde luego, nosotros desde entonces nos adscribimos al 26 de julio.

Otro aspecto importante que se relaciona con lo anterior está en la comprensión de que la violencia como arma revolucionaria debe ser siempre responsabilidad de los reaccionarios y en esto vale recordar la expresión «la mujer del César no sólo tiene que ser honesta sino también parecerlo», clave para encontrar la raíz de los errores cometidos en la historia de los procesos revolucionarios de América Latina en los años 60 y 70. Observemos esta conclusión a la luz de una experiencia que tuvimos con Fidel.

Desde el 10 de marzo veníamos sustentando que la dictadura sólo podía ser derrocada por una revolución popular. Sin embargo, tras la amnistía, la táctica de Fidel no fue plantear de inmediato el reinicio de la lucha armada. Los combatientes del Moncada acababan de ser amnistiados, por lo que no era lógico lanzar la consigna de insurrección. Esta responsabilidad no debía recaer en los revolucionarios, sino en la tiranía.

A pesar de los obstáculos, Fidel trató de buscar soluciones políticas. Pero el gobierno cerró todas las puertas: im-

pidió la celebración de un acto convocado para el 20 de mayo de 1955 en la escalinata universitaria. Asimismo se habló de que Fidel compareciera en un conocido programa político de la televisión llamado «Ante la prensa», y en el espacio radial «La hora ortodoxa», pero tampoco le fue permitido hacerlo.

Se comenzó a librar entonces la batalla política más importante: denunciar los crímenes cometidos el 26 de julio de 1953 y los días subsiguientes.

Aunque esta acusación no era un llamado a la Revolución, hacía más daño a Batista que la posición insurreccional. Sin convocar a la guerra, Fidel desmoralizó al enemigo, al punto de que un funcionario que había sido gobernador en la antigua provincia de Oriente, Waldo Pérez Almaguer, no quiso responsabilizarse con los crímenes horribles del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953, e incitado por la apelación pública de Fidel se dispuso a confirmarlos.

Batista no encontró más salida que desencadenar con mayor violencia la persecución de los fidelistas, y eso fue lo que hizo. Corríamos el peligro de que asesinaran a Fidel, a Raúl y a otros moncadistas, pues había indicios de que tales planes ya estaban en marcha. Era aconsejable tomar el camino del exilio para organizar la expedición armada. Raúl se asiló en la embajada de México; iba a la capital azteca a preparar la continuación de la lucha. Fidel partió hacia el mismo destino por el aeropuerto de Rancho Boyeros, el viernes 7 de julio de 1955.

La idea de una salida pacífica y su planteamiento público habían durado bien poco. Batista se encargó de demostrar con la persecución inmediata de Fidel y sus compañeros, que el único camino posible era el de la insurrección. Bastaron dos escasos meses para que el jefe de la Revolución pudiera formular nuevamente el planteamiento de la lucha armada. Cuando salió de La Habana señaló: «De este viaje no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies».

En 1956 se desarrolló una intensa campaña política y de publicidad a través de lo que se llamaba «Sociedad de Amigos de la República», institución que nucleaba a las figuras representativas del sector burgués opuesto a la tiranía, y se convocó una reunión con todos los representantes de los partidos tradicionales, tanto gubernamentales como de oposición. Según ellos, ahí estaba la nación entera, sin embargo, no estaban las fuerzas que iban a ser decisivas en la Revolución.

La representación burguesa del país, sin destino y sin futuro, en aquellas conversaciones estuvo sola y aislada. La reunión fue una farsa y no dio resultado alguno. Era la vieja política cubana, desprestigiada y corrompida hasta el tuétano, la que se daba cita en aquella mascarada destinada al más absoluto fracaso histórico.

Pero los partidos tradicionales de la oposición tenían todavía fuerza para convocar a un gran acto público, al cual acudimos todos porque allí sí concurrió el pueblo. Éste fue el famoso acto del Muelle de Luz, organizado bajo la rectoría de don Cosme de la Torriente, veterano de la Guerra de Independencia, quien octogenario ya, se había convertido en una carta política para los partidos tradicionales de la oposición.

Para recibir orientaciones acerca de lo que debíamos hacer en este acto y valorar otras cuestiones de interés político, viajé a los Estados Unidos a entrevistarme con el jefe del Movimiento. Allí se encontraba en un recorrido por distintas ciudades, haciendo labor de captación entre exiliados y emigrados.

Aprecié su infatigable actividad. Pensé que estábamos en tiempos similares a los de la Guerra de Independencia o en las luchas de los años treinta contra la tiranía de Machado. Hoy siento tanto orgullo de aquella visita, como lo tendría cualquier cubano del pasado siglo que hubiera ido a Cayo Hueso a visitar a Martí. Ya en Miami, Fidel me habló de temas económicos y de medidas programáticas que se movían en el marco de los documentos citados.

Entonces le planteé la situación existente en cuanto a la unidad de la oposición y acerca de las gestiones que venían haciendo al respecto don Cosme de la Torriente, José Miró Cardona y otros dirigentes. Fidel me encomendó que hablásemos con don Cosme y le pidiéramos que en el acto del Muelle de Luz se retransmitiera una alocución suya que él grabaría. Se suponía que el del Muelle de Luz iba a ser un acto de unidad.

A mi regreso, Haydée y yo nos reunimos con don Cosme en su oficina de La Habana Vieja. El encuentro fue propiciado por Miró Cardona y en él participó también Pelayo Cuervo Navarro.

Fue una situación molesta. Don Cosme tomó la palabra y no nos dejó hablar. Para intentar decir algo y no «interrumpirlo irrespetuosamente» iniciaba mis argumentos con las palabras «Venerable patriota...», pero el abismo que nos separaba impedía todo diálogo. Llegó a afirmar que Fidel debía organizar su propio acto porque el del Muelle de Luz tenía fines distintos a los que perseguía el Jefe del Movimiento 26 de Julio. Y don Cosme tenía razón... pero lo que no podía imaginar don Cosme era que Fidel Castro, poquísimos años después, organizaría los actos políticos más grandes de toda la historia de Cuba y de América.

El acto del Muelle de Luz tuvo lugar el 19 de noviembre de 1955 y aquella concentración popular se había proyectado, según decía su principal organizador, con el objeto de que Batista se sintiera presionado a admitir una fórmula aceptable para todos los partidos opositores tradicionales. Aunque se congregó una inmensa multitud, también mostró a fondo sus debilidades y terminó disolviéndose. El tirano diría: «La oposición está dividida». Nosotros pensábamos, y la historia lo confirmó, que «era necesario cambiar la tribuna», es decir, a los dirigentes. Y, en efecto, así ocurrió, pero a costa de lucha y de sangre.

Como era de esperar, Batista no aceptó la presión y quedó claro que la «burguesía» que don Cosme representaba

no podía dirigir en Cuba ninguna revolución, porque no tenía fuerza real.

Desde entonces, nadie más pudo unir a todos los partidos políticos tradicionales de oposición en una concentración pública que se enfrentara al gobierno de Batista. Así, aquel acto en el que don Cosme de la Torriente no quiso que trasmitiéramos una alocución de Fidel, fue el canto de cisne de la política tradicional cubana.

Expreso esto para que se vea cómo Fidel no desaprovechaba ninguna posibilidad en que se producía una participación de pueblo, para introducirse en la lucha. Una posición sectaria nos hubiera llevado a rechazar desde el principio aquella componenda, pero Fidel esperó a que se desarrollaran los acontecimientos y que la vida fuera la que demostrara la incapacidad de la oposición para enfrentarse a la tiranía.

Otra anécdota está relacionada con el «Pacto de Miami» en 1957. Este fue un acontecimiento decisivo en la historia de la Revolución. Sin aprobación del Llano ni de la Sierra se constituyó en Miami una llamada Junta de Liberación en la que, según decían, aparecía nuestra organización. Por tales razones fui a la Sierra Maestra a los efectos de informarle a Fidel todos los detalles del acontecimiento; él redactó un mensaje radical rechazando el pacto pero, a su vez, llamando a la unidad insurreccional contra la tiranía. Este documento es de una enseñanza histórica bien elocuente acerca de una cultura revolucionaria de cómo se debe hacer la política.

Vamos a otra anécdota. Tras el triunfo de la Revolución, en el acto de la Plaza donde Fidel rasgó en pedazos los textos de diversos tratados que ataban al país al imperialismo en el terreno militar —que nos hacía enemigos especialmente de la URSS y de la República Popular China— en el pueblo había una gran excitación y un decidido respaldo a aquella posición, me acerqué a Fidel en aquella memorable jornada y le dije: «rompamos ahora con Estados Unidos»; él me contestó algo así: «eso que lo hagan ellos».

Demostró, una vez más, su sabiduría política, la que recorre toda la historia de la Revolución.

En 1971 tuve el honor de formar parte de la delegación presidida por Fidel en su visita al Chile de Allende. Algunos compañeros chilenos, entrañables para nosotros, tenían importantes críticas al presidente Allende desde posiciones muy radicales. En una habitación de la residencia de nuestro Embajador en ese país un grupo reducido de ellos dialogó con Fidel sobre estos problemas y explicaron sus fundamentos ideológicos. Fidel, en aquella inolvidable reunión, les señaló a aquellos compañeros: «ustedes, aquí en el cono sur, han estudiado doctrinas políticas y poseen una alta cultura; nosotros, en el Caribe, somos más prácticos —concluyendo con esta expresión que nunca olvidaré—: «En Chile la revolución la hace Allende o no la hace nadie».

Para analizar estos métodos fidelistas tras el triunfo revolucionario, es muy importante tener en cuenta que durante el período comprendido entre 1952-1959 los representantes de los partidos tradicionales, alineados formalmente frente a la tiranía habían perdido, en el proceso de la lucha armada, toda posibilidad de dirigir el movimiento popular y representar al país. El liderazgo de la nación pasa definitivamente a Fidel Castro y al movimiento revolucionario iniciado en el Moncada. Cuando triunfa la Revolución el sistema pluripartidista cubano se había extinguido, la unidad de pueblo se había logrado en la insurrección, a la que no habían contribuido los partidos tradicionales, sino que, por el contrario, se convirtieron en obstáculo para derrocar a Batista.

Si no se entiende esto no se comprenderá jamás el proceso unitario de la Revolución cubana. En tales condiciones se produce, durante los primeros años, la integración de las fuerzas revolucionarias bajo la dirección de nuestro Comandante en Jefe. Estos eran el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular. Después de la victoria sobre Batista no quedó otra

fuerza con autoridad en el país para promover la Revolución. Este fue un hecho nacido, orgánica y naturalmente, en aquellos tiempos memorables. De tal proceso nació el Partido Comunista de Cuba, a partir de la unión de tres organizaciones: el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Socialista Popular.

Una vez más Fidel mostró su política martiana de poder catalizador y armonizador que, con su talento excepcional y su sentido humanista, vence las dificultades que siempre presentan diversas formas de sectarismo. Así surgió nuestro Partido, fue el de la unidad de todos los revolucionarios. Está por hacer la historia de cómo se gestó, y las dificultades que se tuvieron no fueron pocas; vencerlas fue uno de los méritos del liderazgo, la inteligencia y el espíritu de justicia con que Fidel siempre ha manejado los temas humanos y políticos.

La unidad es un prerrequisito en la Revolución cubana para la genuina democracia humanista. El aporte esencial de Fidel sobre este tema debe ser estudiado, no para que se copie en otros países, sino para que se conozca y comprenda la experiencia histórica del nuestro.

Tiene sus fundamentos históricos nacionales muy diferentes a como se desarrolló esta experiencia en otros países, en muchos de los cuales, por cierto, existían varios partidos. El socialismo teóricamente no tiene por qué rechazar el pluripartidismo, es un asunto de la historia de cada país; en el nuestro para unir y vencer no pueden existir varios partidos. Si se cometiera la locura de violar este principio se le daría oportunidad a los mafiosos, delincuentes y entregados al imperialismo.

La Constitución de la República, aprobada en 1976 por amplio y democrático referéndum popular, señala que nuestro Partido

«...martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado,

que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista».

En los años 60, nuestro Comandante en Jefe se colocó en la avanzada del movimiento revolucionario internacional, proclamando desde sus raíces latinoamericanas la necesidad del socialismo; insistiendo en la importancia clave de los factores morales en la historia y promoviendo, desde la izquierda, cambios que resultaban inevitables, para superar el equilibrio bipolar, facilitar caminos a la diversidad y la justicia universal.

El proceso iniciado en el Mondada el 26 de Julio de 1953, que a partir del Granma tomo fuerza decisiva y condujo al derrocamiento del ejército al servicio de las oligarquías y del imperialismo yanqui, a la caída de la tiranía y a la liquidación del sistema político, económico y social neocolonial, marcó definitivamente una nueva etapa en la segunda mitad de nuestra centuria en el Hemisferio Occidental. La proclamación por Fidel del carácter socialista de la revolución, en 1961, y la vigencia de ésta durante medio siglo, terminó para siempre con las formas que había tomado en nuestro siglo el poderío imperial de Estados Unidos.

Ello ha sido posible porque la revolución, fundamentada en la tradición patriótica y antiimperialista de la nación cubana, se materializó o encarnó en millones de cubanos, y vinculó la independencia del país a la justicia social en su forma más universal, radical y consecuente.

No se hable de justicia sin hablar, en primer lugar, de justicia para los trabajadores explotados y para todo el pueblo. De la misma manera, no se hable de democracia si no se logra la participación de todo el pueblo o de la inmensa mayoría en el enfrentamiento de los problemas. Esto, desde luego, nos viene de José Martí.

Medio siglo de práctica política en el seno de la Revolución cubana y, en especial, en sus relaciones con el movi-

miento revolucionario latinoamericano me ha enseñado que los vínculos entre cultura y política constituyen un elemento clave para el éxito de cualquier proceso de cambio político.

Al celebrar con orgullo el medio siglo de la revolución subrayamos la eficacia de la política martiana y fidelista, que ha enfrentado la hostilidad y las agresiones del imperio más poderoso de la historia y nos ha permitido resistir heroicamente y mantener vivos y más fuertes que nunca los ideales socialistas dando un ejemplo imperecedero para América Latina y el mundo.

TEMA NO. 4

POLÍTICA CULTA Y EL ARTE DE HACER POLÍTICA

Las enseñanzas de Martí y de Fidel, especialmente en el campo de la política constituyen el aporte esencial del pensamiento cubano a la cultura política y filosófica universal y que hemos denominado *La cultura de hacer política*. Como ya he señalado, no me estoy refiriendo sólo a cultura política, que, desde luego, constituye la fuente de la cual se nutrió este patrimonio cultural sino a las formas prácticas que utilizamos para lograr su materialización y de vencer los obstáculos que se levantan ante todo proyecto revolucionario. Dicho de manera más asequible aún: la política debemos entenderla como la tecnología respecto de la producción.

La práctica política de la Revolución tiene fundamentos filosóficos que es preciso conocer y estudiar para entender mejor porqué en las más difíciles circunstancias y enfrentada a los más grandes obstáculos, la política cubana ha adquirido una singular influencia en el mundo de los últimos cincuenta años.

Partimos de una experiencia singular porque en nuestro país el pensamiento liberal y democrático de los enciclopedistas franceses, contribuyó a que el escolasticismo medieval encontrara la resistencia intelectual, política y educativa de generaciones de jóvenes cultos que comenzaron a interpretar el ideal moral del cristianismo como aspiración de redención del hombre en la Tierra. Lo más depurado y universal del pensamiento cristiano se articuló con lo más democrático del ideario de las revoluciones europeas de finales del siglo XVIII. Se fue gestando como rasgo esencial de nuestra cultura su compromiso político a favor de la justicia con sentido universal y la vinculación de la teoría con la práctica.

Los fundamentos teóricos de esa cultura se gestan desde los tiempos forjadores de la nación cubana e inspiran el quehacer de la política de José Martí y de su discípulo fundamental, Fidel Castro, para alcanzar la independencia plena del país y forjar la unidad nacional.

La política concebida como un arte y regida por principios éticos es el aporte más original de Martí a la historia de las ideas y se resume en el principio de superar radicalmente el divide y vencerás de la tradición conservadora y reaccionaria, y establecer el postulado de unir para vencer.

La historia de nuestro país permite comprobar que esta concepción acerca de cómo hacer política está en el nervio central de la evolución cubana durante dos siglos. Unir para vencer es la clave de la política martiana que la generación del Centenario, bajo la dirección de Fidel, exaltó y exalta al plano más alto durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Ella es la clave para entender el proceso integrador del pueblo cubano, sus fundamentos y, en especial, la manera de lograr esa unidad por la vía de la práctica política y de la educación.

Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona, es decir, los más altos exponentes del pensar filosófico decimonónico, brillaron como pedagogos y sus ideas filosóficas nacieron de las necesidades del quehacer educacional, lo que dio a sus textos un contenido didáctico y, por tanto, una capacidad de exposición clara como reclama el oficio de enseñar.

En Varela y en Luz hay un acento que parte de sus concepciones religiosas y se inspira en sus principios éticos cristianos. En Martí, la sensibilidad ética y la vocación hacia la acción revolucionaria concreta lo lleva a concebir la educación como una vía esencial para el mejoramiento humano y para alcanzar la felicidad junto a la búsqueda de lo que él llamó el equilibrio entre naciones e incluso entre las facultades emocionales y las intelectuales de cada hombre. En Varona, el énfasis se pone en la formación científica sobre el cimiento ético heredado. En los cuatro está

presente un pensamiento humanista radical de valer universal en el que se articulan corrientes diversas tributarias de una identidad que sirve de sustento a las ideas filosóficas cubanas. Todo esto, como señalamos, alumbra el quehacer pedagógico concreto y las posibilidades de transformación ética del hombre a partir del desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura.

Otra característica singular de los forjadores del pensamiento político y filosófico cubano está en que tienen una marcada tendencia hacia la acción social y específicamente en el terreno de la política, es decir, no se desconoce sino, por el contrario, se tienen muy presentes orientaciones hacia la práctica. Ellos persiguen encaminar su acción hacia el propósito de la justicia y a partir de una política culta. Varela, diputado a las Cortes de 1820, emigrado por razones políticas, fue un combatiente a favor de las ideas separatistas; Luz y Caballero realiza análisis sociológicos, incluso de carácter jurídico, y formula propuestas al respecto, pero se proyecta especialmente en la práctica de enseñar. En estas figuras, el ideal de la cultura tiene que ver con la integridad y la aplicación real de las ideas éticas y patrióticas.

La inmensa y contradictoria experiencia del dramático siglo XX ya transcurrido nos permita apreciar mejor la naturaleza del desafío que enfrentamos. En Martí y en la cultura cubana en general se supera la ruptura milenaria entre ciencia y utopía y cristaliza, sin embargo, la articulación de estos dos planos de la vida para forjar un pensamiento creador de la conciencia humana de validez universal.

Martí y Fidel sintetizan un enorme caudal cultural en cuanto a las formas de hacer política definitorias de la identidad nacional cubana. Martí con su sensibilidad poética y dominio de la lengua lo expresa de manera elocuente y bella:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al

momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.¹

La prueba más evidente de la eficacia de esta concepción la tenemos en el hecho de que en las más difíciles circunstancias y enfrentados a los más grandes obstáculos, la política cubana ha adquirido una singular influencia en el mundo de los últimos cincuenta años.

Hay que saber diferenciar y, a su vez, relacionar ideología entendida como producción de ideas o como ciencia del estudio de las ideas, de un lado, y práctica política concreta, del otro. La primera, inspira y orienta a la segunda; pero no es ella. La segunda promueve y desarrolla materialmente la acción política hacia los fines y objetivos que se proponga. La confusión en diferenciar ambos conceptos puede conducir al dogmatismo. No relacionarlos puede llevarnos a la dispersión y a la anarquía.

Recordemos la lúcida advertencia del Apóstol en carta póstuma a Manuel Mercado: *En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.*²

En el equilibrio entre las formas de hacer política y los objetivos que nos propongamos, es decir el fin, está la esencia del pensamiento de José Martí.

¹ Martí, José. Obras Completas, t. 14, p. 67 Edición Karisma Digital

² Martí, José. Obras Completas, t. 20, p.167 Edición Karisma Digital

TEMA NO. 5

LAS FORMAS PRÁCTICAS DE HACER POLÍTICA

La Cuba de los años 50 mostró, en forma descarnada, la autodestrucción del pluripartidismo al no poder éste articular una respuesta seria al golpe de estado de Batista y a la quiebra del orden constitucional. El régimen jurídico y político fue impotente para conocer que Batista planeaba un golpe de Estado, evitarlo, y mucho menos enfrentarlo. Esto explica algunas de las características del proceso revolucionario cubano nacido del combate al golpe de estado y de la defensa del orden constitucional.

La supervivencia de la Revolución en medio de las agresiones y de la hostilidad permanente de la principal potencia imperialista a 90 millas de nuestras costas sería inconcebible sin el amplio y poderoso movimiento de masas que ella generó.

La realización de la Campaña de Alfabetización en solo un año, la gigantesca batalla educacional y cultural en general emprendida desde entonces hasta la creación más reciente de universidades en todos los municipios del país, las campañas masivas de vacunación, el enfrentamiento a los huracanes con cientos de miles de evacuados para proteger las vidas de nuestros ciudadanos y la discusión de los proyectos de ley con toda la población, por citar solo unos ejemplos, no podrían llevarse a cabo sin esa participación activa y consciente de las organizaciones de masas y sociales creadas por la Revolución. Esto desde luego implica la existencia de un Gobierno y un Estado identificados con los intereses de toda la población cubana y la aplicación de una política consecuente.

Para toda la labor educativa, política y cultural en general, la experiencia adquirida en la Revolución cubana, la de Fidel, nos conduce a insistir en la necesidad de articular, desde la base hasta la cúspide, el control sistemático de

ese trabajo apoyándonos en cuatro esferas esenciales y que inciden decisivamente en el éxito del esfuerzo:

- La familia
- La escuela
- La comunidad
- Los medios masivos en general

Tengo algunas ideas al respecto que puedo modestamente sugerir, y que se derivan de las experiencias adquiridas a lo largo del proceso revolucionario cubano. Sin embargo, la solución concreta de cómo hacer funcionar democrática y eficientemente esta relación interesando el movimiento social, solo vendrá a escala de cada país a partir de la situación específica que tengan delante.

Sobre estos fundamentos podremos encontrar los caminos que conduzcan a nuevas fórmulas para relacionar el movimiento intelectual y el social con el papel del Estado.

Como he planteado en otras ocasiones, el fruto más útil y original de la historia de las ideas cubanas es sin duda lo que hemos llamado cultura de hacer política. No me estoy refiriendo sólo a cultura política, que, desde luego, constituye la fuente de la cual se nutrió este patrimonio cultural; sino a las maneras prácticas de su materialización y de vencer los obstáculos que se levantan ante todo proyecto revolucionario.

Precisamente, el aporte singular de José Martí a la historia de las ideas políticas universales se fundamentó en iluminar y esclarecer con su inmensa cultura y erudición las formas prácticas de hacer política a favor de los intereses de las grandes mayorías y de la nación en su conjunto. Sobre la base de la tradición de estas enseñanzas martianas, Fidel Castro, en la segunda mitad del siglo XX forjó la unidad de nuestro pueblo para hacer la Revolución, mantenerla, desarrollarla y vencer los inmensos obstáculos que le oponían el imperialismo y las condiciones internacionales. No es fácil encontrar en la historia de los países occidenta-

les a políticos de la estatura de Fidel Castro y de su maestro, el héroe de Dos Ríos.

Este legado constituye la cultura de hacer política concebida esta como una categoría de la práctica y que consiste en superar la vieja y reaccionaria divisa de divide y vencerás y establecer la idea revolucionaria de unir para vencer; esto solo es posible sobre el fundamento ético que incorpore al empeño liberador a la inmensa mayoría de las personas. Si se defienden intereses privados o particulares no es posible lograr el apoyo ampliamente mayoritario. En cambio, si se exaltan aquellos objetivos que se vinculan a las aspiraciones y los intereses de los más amplios sectores y se procura el apoyo de la población sin divisionismos, se puede lograr la mayor unidad posible para vencer. He ahí un aspecto clave cuyo estudio resulta esencial para el análisis del tema que estamos considerando.

Estamos en una coyuntura internacional cargada de peligros y también de enormes posibilidades para la lucha de los pueblos a favor de ese mundo mejor al que aspiran millones de seres humanos en todo el planeta.

Es necesario, como nunca antes, investigar, estudiar y promover la cultura de José Martí en función del principio Patria es Humanidad a fin de extraer conclusiones filosóficas en general con respecto a los acontecimientos y procesos más concretos de la actualidad nacional e internacional que resulten de interés político y educativo para hoy y para mañana.

TEMA NO. 6

ÉTICA, DERECHO Y ACCIÓN POLÍTICA.

El punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Esto se deriva de la circunstancia de que la cultura nacional surgió en combate contra la injusticia, la esclavitud y a favor de la independencia nacional. Obviamente, una cultura que nació y se desarrolló en relación con el enfrentamiento consecuente con la injusticia adquiriría una fuerza singular.

Otro elemento clave que se refiere a un tema no suficientemente tratado y que resulta parte esencial de nuestra historia política y social: los sistemas de derecho como soporte junto con la ética de las civilizaciones. Cuba puede mostrar en esto singulares enseñanzas.

La integralidad la expresó Don Fernando Ortiz en nuestro país cuando hizo profundos estudios antropológicos. Señala Julio Le Riverend en el prólogo de la obra *Órbita de Fernando Ortiz*, lo siguiente: (...) —según la visión de interrelacionada totalidad propia de Ortiz [...] es una forma de abordar el conocimiento científico de la sociedad, con énfasis en las superestructuras; sin embargo, y por eso el *Contrapunteo* es obra excepcional, los elementos de estructura no se diluyen ni han sido escamoteados, son fuerzas que mueven todo lo demás.¹

La tradición del país subraya la necesidad de hallar formas de acción política y movilización social que resulten eficaces para la materialización de este objetivo, y esto impone la necesidad de estudiar los fenómenos de la superestructura, y es que estos sólo pueden resolverse a tra-

¹ Le Riverend, Julio. *Prólogo Órbita de Fernando Ortiz*, p. 37. Colección *Órbita*, UNEAC, 1973.

vés de la institucionalización, cuya expresión más alta en nuestro país está en la Constitución de la República. Ahí es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura que heredó y recreó Fidel. Por ello mis memorias de los años 50, recogidas en el libro *Aldabonazo*, las dediqué a su persona. Señalé que él lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo XX. Es la que se necesita en la centuria recién comenzada. Para tal propósito resulta necesario investigar las raíces de nuestra cultura ética y jurídica en la mejor tradición intelectual y política del siglo XIX cubano. Y esto sólo se puede hacer estudiando lo que hemos llamado *cultura de hacer política* y a partir de la experiencia de la educación. Son precisamente dos planos esenciales de los programas martianos y fidelistas.

En un mundo necesitado de cohesión y unidad para enfrentar los gravísimos desafíos que tiene ante sí, el llamado sistema de la *democracia representativa* o *pluripartidismo*, es ya obsoleto e impotente para asumir la gobernabilidad de las naciones a escala internacional. Hay que buscar nuevas formas de democracia que deben ser de participación de las inmensas mayorías del mundo.

Es imprescindible analizar la aguda crisis de la democracia representativa y avanzar hacia fórmulas que garanticen la más amplia participación popular.

La Cuba de los 50 mostró, en forma descarnada, la autodestrucción del pluripartidismo al no poderlo hacer ante la tiranía de Batista porque fue antes del triunfo revolucionario. Se reveló con todo dramatismo también en Chile, donde el sistema pluripartidista más elaborado y culto de nuestra América condujo a la victoria del presidente Allende, y fue después asesinado por un golpe fascista. El proceso venezolano es una muestra de la crisis política y moral de los sistemas llamados de democracia representativa, y emergió de ella un gobierno popular con Hugo Chávez y las banderas bolivarianas al frente.

Para estudiar este fenómeno de implicaciones internacionales es necesario estudiar la historia de lo ocurrido en el siglo XX. El error o déficit esencial que se halla en el sustrato de los reveses sufridos por lo que se llamó izquierda en el siglo XX y, en consecuencia, con las ideas revolucionarias y socialistas, quedaron estancadas y no pudieran abrirse paso, tiene sus raíces entre la práctica política y la cultura. La tragedia se reveló como un problema universal para la práctica revolucionaria del siglo XX. Para dar un paso de progreso revolucionario y asumir las enormes y complejas responsabilidades de hoy, es necesario hacer una reflexión histórica.

En Cuba tenemos una fuerte raíz de conocimientos políticos, así lo observó el Barón de Humboldt desde principios de la centuria decimonónica. Tan célebre viajero apreció la vocación universal que comenzaba a desarrollarse en las primeras décadas del siglo XIX, en los gérmenes del ideario cultural cubano. Por ello, dijo:

Los habaneros han sido los primeros entre las ricas colonias españolas que han viajado a España, Francia e Italia. En ninguna parte se ha sabido mejor que en La Habana la política de Europa y los resortes que se ponen en movimiento para sostener o derribar un ministerio. Y agregó: Este conocimiento de los sucesos y la previsión han servido eficazmente, a los habitantes de la isla de Cuba, para liberarse de las trabas que tienen las mejoras de la producción colonial.

Si esto afirmaba Humboldt, a principios del siglo XIX, en su viaje a América, podría calcularse lo que en el transcurso de cien años cargados de hechos e ideas trascendentes, evolucionaría este vínculo entre cultura y política en nuestro país, hasta alcanzar las cumbres más altas de la gloria en nuestras ideas; pero, además, veamos lo que dijo

sobre la cultura cubana, desde posiciones reaccionarias, el erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo:

Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la madre patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos.

La paradoja se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX la enorme riqueza intelectual, científica y filosófica de esa centuria cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la Metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales de la Cuba decimonónica la más alta cultura europea y universal en una sociedad integrada por masas de esclavos y, en general, explotados, la que forjó una elevada cultura radicalmente orientada a favor de los intereses de los pobres y explotados, y es seguro que el ilustre erudito hispano no llegara a conocer el crisol de ideas de José Martí. Ello determinó que la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en millones de cubanos, y esta inmensa sabiduría se relaciona con una epopeya emancipadora que vinculó la independencia del país a la justicia social en su forma más universal, radical y consecuente.

No se puede hablar de justicia sin hablar, en primer lugar, de justicia para los trabajadores explotados y para todo el pueblo. De la misma manera, no se hable de democracia si no se logra la participación de todo el pueblo o de la inmensa mayoría en el enfrentamiento de los problemas. Esto, desde luego, nos viene de José Martí.

Veamos el hecho a la luz de la experiencia histórica de América Latina en el siglo XX. Medio siglo de práctica política en el seno de la Revolución cubana y, en especial, en

sus relaciones con el movimiento revolucionario latinoamericano me han enseñado que allí donde se divorció la práctica política del movimiento intelectual y artístico se produjeron retrocesos y derrotas muy negativos para el movimiento revolucionario. Quiero en especial referirme a cómo se comportó este grave error en América Latina.

La tradición de nuestras patrias confirma la aspiración contenida en la cultura de emancipación y de integración multinacional que el libertador Simón Bolívar caracterizó como nuestro *pequeño género humano*, y José Martí llamó *república moral de América*. La tendencia fundamental de esa cultura era antimperialista y sus raíces principales están en la población trabajadora y explotada. Lo más inmediatamente importante para la política revolucionaria era y es alentar esa tendencia. Y esto se puede y debe hacer procurando la incorporación de la intelectualidad al empeño emancipador que se haya presente en lo más revolucionario de nuestra evolución espiritual.

Obviamente, esto hay que realizarlo con cultura e información acerca de la génesis e historia de las ideas latinoamericanas. Para ello se requiere sabiduría y clara comprensión del papel de los factores subjetivos en la historia de las civilizaciones, que fue precisamente lo que se ignoró en la práctica política socialista; y fue así porque tras la muerte de Lenin se impuso un materialismo vulgar, tosco, que paralizó el enriquecimiento y actualización de las ideas de Marx y Engels. Ello requería, como sí hizo Mariátegui, un estudio del papel de la cultura desde el punto de vista materialista histórico, pero quien se introdujera en esto era combatido por revisionista. Así se paralizaron las posibilidades de arribar a una escala más profunda de las ideas de los clásicos.

El abordaje de una concepción como la que estamos planteando traía dificultades propias al intentar incursionar sobre complejos problemas ideológicos, pero son infinitamente menores a las que conlleva ignorar la necesidad de alcanzar la relación de confianza entre la política revolu-

cionaria y la inmensa y creciente masa de trabajadores intelectuales.

En conclusión, si no se establece relaciones fluidas entre las revoluciones y el movimiento cultural nunca triunfarán los procesos de cambios. Se trata no sólo de una cuestión cultural, sino de algo muy práctico. Para saber hacer política revolucionaria hay que asumir la importancia movilizativa del arte y la cultura, y comprender que en ella se hallan los fundamentos de nuestras ideas redentoras.

El error tiene raíces en el dogmatismo de base psicológica: en el egoísmo humano. En ocasiones se sostiene exclusivamente en las pequeñas ambiciones personales. En las condiciones de América Latina desarrollar prejuicios contra los intelectuales equivale a renunciar a las banderas de la cultura; es con ellas como podemos llegar a las posiciones más radicales.

El error también suele nacer de identificar a los intelectuales latinoamericanos con la forma de éstos en otras regiones. Las conclusiones a las que lleguemos al respecto en zonas diferentes, por ejemplo Europa, tendrá que considerar la tradición conservadora e, incluso, reaccionaria, presente en la cultura del viejo continente y en el hecho de que parte de su intelectualidad se mantiene un tanto alejada de las necesidades sociales. Pero, aun allí, no olvidemos que las cumbres más altas de la intelectualidad en el campo político, social y filosófico están en Marx, Engels y Lenin. Sugérimos se repasen los trabajos de Antonio Gramsci, que fue el más grande pensador europeo tras la muerte de Lenin; sus análisis son de extraordinario valor para conocer el carácter de las relaciones entre la política revolucionaria y los intelectuales en nuestra América.

Es la relación de la política con la cultura de emancipación la que nos propicia la mejor identificación entre la vanguardia y las inmensas masas de la población, precisamente porque, como se ha planteado, la cultura es la fuerza que más vínculos establece con la sociedad en su

conjunto. Y en América Latina responde a las necesidades de emancipación nacional y social.

El proceso intelectual iniciado en Córdoba (Argentina) en el año 1918, se extendió, como se sabe, por muchos países de América. Se recuerda a José Ingenieros y a Aníbal Ponce, y a otros que le abrieron un camino revolucionario a la cultura. Se menciona de manera muy especial a José Carlos Mariátegui y se le sitúa junto al cubano Julio Antonio Mella como los fundadores del movimiento comunista latinoamericano. La corriente de ideas comunistas íntimamente vinculadas a la cultura, y que de ella provenían, se alejó y, en muchos casos, se divorció de esos orígenes intelectuales. No se procuró la relación del socialismo con el ideal redentor que representaban los grandes próceres del continente que simbolizamos en el libertador Simón Bolívar; se marchó por el camino de la mediocridad y de la torpeza política. Se requería una política realmente revolucionaria para movilizar de forma estable y continuada a las masas.

En Cuba tuvimos la inmensa fortuna de que el ideal socialista en el siglo XX se nutrió de la sabiduría política y filosófica de José Martí, y del acervo intelectual que en la decimonónica centuria alcanzó una escala superior que todavía está por conocerse en el mundo. Las ideas socialistas desde Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena hasta Fidel Castro, fueron asumidas desde la cultura y la tradición martianas. Tuvimos entre los comunistas profundos martianos como Juan Marinello y estudiosos de la cultura cubana y universal como Carlos Rafael Rodríguez; también ayudaron personalidades de alto saber que eran antimperialistas y de orientación socialista como Emilio Roig. Así, esta percepción del socialismo, articulada con la tradición revolucionaria de la cultura cubana, facilitó su comprensión por la generación del centenario del Apóstol, que bajo la dirección de Fidel Castro, cuya profunda cultura cubana y cosmovisión socialista le facilitó coronar este proceso con el triunfo y continuidad de la revolución socialista y martiana.

Un tema insertado como factor primordial de toda cultura es el de la ética. Este merecería un análisis particular. Baste aquí señalar que en las condiciones de corrupción moral que prevalecen en diversos países de América Latina, estas banderas toman una importancia política de enorme significación.

Como conclusión podemos afirmar que la cultura de hacer política que tiene en Martí y en Fidel sus puntos culminantes proporciona una visión coherente como la que el mundo de hoy necesita y esta coherencia es la que permite un diálogo culto con el pueblo norteamericano, tal como Fidel está planteando.

Enfrentar ese conflicto de manera que pueda ser útil para todos los pueblos del hemisferio sin excepción, sólo puede hacerse con una política culta como la que mantiene la Revolución cubana fundamentada en una tradición intelectual de dos siglos de historia.

La cultura de hacer política que tiene en Martí y Fidel sus expresiones más altas es hoy la más necesaria para hacer frente a los colosales peligros que amenazan la existencia misma del género humano y para abrir cauce a los cambios que hagan posible ese mundo mejor al que aspiran millones de personas en el mundo.

Como hemos tratado de explicar a lo largo de las tres conferencias partimos de una experiencia singular porque en nuestro país el pensamiento liberal y democrático de los enciclopedistas franceses, contribuyó a que el escolasticismo medieval encontrara la resistencia intelectual, política y educativa de generaciones de jóvenes cultos que comenzaron a interpretar el ideal moral del cristianismo como aspiración de redención del hombre en la Tierra. Lo más depurado y universal del pensamiento cristiano se articuló con lo más democrático del ideario de las revoluciones europeas de finales del siglo XVIII. Se fue gestando como rasgo esencial de nuestra cultura su compromiso político a favor de la justicia con sentido universal y la vinculación de la teoría con la práctica.

Los fundamentos teóricos de esa cultura se gestan desde los tiempos forjadores de la nación cubana e inspiran el quehacer de la política de José Martí y de su discípulo fundamental, Fidel Castro, para alcanzar la independencia plena del país y forjar la unidad nacional.

La política concebida como un arte y regida por principios éticos es el aporte más original de Martí a la historia de las ideas y se resume en el principio de superar radicalmente el principio divide y vencerás de la tradición conservadora y reaccionaria, y establecer el postulado de unir para vencer.

La historia de nuestro país permite comprobar que esta concepción acerca de cómo hacer política está en el nervio central de la evolución cubana durante dos siglos. Unir para vencer es la clave de la política martiana que la generación del Centenario, bajo la dirección de Fidel. Exaltó y exalta al plano más alto durante la segunda mitad del siglo XXI. Ella es la clave para entender el proceso integrador del pueblo cubano, sus fundamentos, y, en especial, la manera de lograr esa unidad por la vía de la práctica política y de la educación.

Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona, es decir, los más altos exponentes, brillaron como pedagogos y sus ideas filosóficas nacieron de las necesidades del quehacer educacional, lo que dio a sus textos un contenido didáctico y, por tanto, una capacidad de exposición clara como reclama el oficio de enseñar.

En Varela y en Luz hay un acento que parte de sus concepciones religiosas y se inspira en sus principios éticos cristianos. En Martí, la sensibilidad ética y la vocación hacia la acción revolucionaria concreta lo lleva a concebir la educación como una vía esencial para el mejoramiento humano y para alcanzar la felicidad junto a la búsqueda de lo que él llamó equilibrio entre naciones e incluso entre las facultades emocionales y las intelectuales de cada hombre. En varona, el énfasis se pone en la formación científica sobre el cimiento ético heredado. En los cuatro está

presente un pensamiento humanista radical de valer universal en el que se articulan corrientes diversas tributarias de una identidad que sirve de sustento a las ideas filosóficas cubanas. Todo esto, como señalamos, alumbra el quehacer pedagógico concreto y las posibilidades de transformación ética del hombre a partir del desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura.

Otra característica singular de los forjadores del pensamiento político y filosófico cubano está en que tienen una marcada tendencia hacia la acción social y específicamente en el terreno de la política, es decir, no se desconoce sino, por el contrario, se tienen muy presentes orientaciones hacia la práctica. Ellos persiguen encaminar su acción hacia el propósito de la justicia y a partir de una política culta. Varela, diputado a las Cortes de 1820, emigrado por razones políticas, fue un combatiente a favor de las ideas separatistas; Luz y Caballero realiza análisis sociológicos, incluso de carácter jurídico, y formula propuestas al respecto, pero se proyecta especialmente en la práctica de enseñar. En estas figuras, el ideal de la cultura tiene que ver con la integridad y la aplicación real de las ideas éticas y patrióticas.

La inmensa y contradictoria experiencia del dramático siglo XX ya transcurrido nos permite apreciar mejor la naturaleza del desafío que enfrentamos. En Martí y en la cultura cubana en general se supera la ruptura milenaria entre ciencia y utopía y cristaliza, sin embargo, la articulación de estos dos planos de la vida para forjar un pensamiento creador de la conciencia humana de validez universal.

Martí y Fidel sintetizan un enorme caudal cultural en cuanto a las formas de hacer política, definitorias de la identidad nacional cubana. Ello constituye el fruto más útil y original de la historia de las ideas cubanas. No se trata solo de cultura política, me refiero a las maneras prácticas de su materialización y de vencer obstáculos que se levantan ante todo proyecto revolucionario. Martí con su sensibilidad poética y dominio de la lengua lo expresa de manera elocuente y bella:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.⁴

La prueba más evidente de la eficacia de esta concepción la tenemos en el hecho de que en las más difíciles circunstancias y enfrentados a los más grandes obstáculos, la política cubana ha adquirido una singular influencia en el mundo de los últimos cincuenta años.

Hay que saber diferenciar, y, a su vez, relacionar ideología entendida como producción de ideas o como ciencia del estudio de las ideas, de un lado, y la práctica política concreta, del otro. La primera, inspira y orienta a la segunda; pero no es ella. La segunda promueve y desarrolla materialmente la acción política hacia los fines y objetivos que se proponga. La confusión en diferenciar ambos conceptos puede conducir al dogmatismo. No relacionarlos puede llevarnos a la dispersión y a la anarquía.

Recordemos la lúcida advertencia del Apóstol en carta póstuma a Manuel Mercado: En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.²

En el equilibrio entre las formas de hacer política y los objetivos que nos propongamos, es decir el fin, está la esencia del pensamiento de José Martí que sirve de fundamento a una política coherente como la que el mundo de hoy necesita y esta coherencia es la que permite un diálogo con el pueblo norteamericano tal como Fidel lo está planteando.

² Martí, José. Obras Completas, t.14, p. 67 Edición Karisma Digital

Enfrentar el diferendo histórico que ha marcado esa relación y hacerlo de la manera que pueda ser útil para todos los pueblos del hemisferio sin excepción, sólo puede hacerse con una política culta como la que mantiene la Revolución cubana fundamentada en José Martí.

Índice

Introducción	
La cultura de hacer política	3
Tema 1	
La cultura de hacer política EN LA HISTORIA DE CUBA	6
Tema No. 2 .	
La Cultura Martiana de Hacer Política	20
Tema No.3	
La Cultura Fidelista de Hacer Política	30
Tema No. 4	
Política culta y el arte de Hacer Política	40
Tema No. 5	
Las formas prácticas de Hacer Política	44
Tema No. 6	
Ética, derecho y acción política.	47





Oficina del Programa Martiano